

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 42.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Marzo 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *Ciencia social*, por Pedro Kropotkin.—*La solución del problema social*, por Anselmo Lorenzo.—*La anarquía: Su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Doctor Fernando Lagrange.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Los sepulcros blancos*, drama en tres actos, por Jaime Brossa.
SECCION LIBRE: *La guerra del Transvaal*, por León Tolstói.—*Las memorias de un revolucionario*, por Fermín Salvochea.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Transformación necesaria*, por Juan Haro.

SOCIOLOGIA

CIENCIA SOCIAL

SIERVOS DEL ESTADO

Nadie puede ser obligado por la ley á trabajar para otro. Tal es, decíamos, el principio de las sociedades modernas, conquistado por una serie de revoluciones. Los que han conocido la servidumbre en la primera mitad de este siglo, ó han visto sus vestigios (en Inglaterra, por ejemplo, se conservaron hasta 1848, bajo la forma de trabajo obligado de los niños quitados por la ley á sus padres pobres); los que han podido apreciar el sello impreso por esas instituciones al conjunto de la sociedad, comprenderán en seguida la importancia del cambio operado por la abolición definitiva de la servidumbre legal.

Pero si la obligación legal de trabajar para otro no existe ya entre particulares, el Estado se reserva hasta el presente el derecho de imponer á sus súbditos el trabajo obligatorio; peor aún: á medida que las relaciones de amo á siervo desaparecen de la sociedad, el Estado extiende cada vez más su derecho al trabajo forzado de los ciudadanos, y lo hace de modo que los poderes del Estado moderno suscitarían la envidia de los legistas que en los siglos xv y xvi trataban de fundar el poder real.

*
*
*

Hoy, por ejemplo, el Estado inflige á todos los ciudadanos la enseñanza obligatoria, que representa un cuerpo de doctrina hecho para asegurar los derechos del Estado sobre el ciudadano; después los sujeta al servicio militar obligatorio, y les pide además diversos trabajos, tanto para el municipio como para el Estado, en casos de urgencia, y, por último, por medio del impuesto obliga á cada ciudadano á hacer una masa formidable de trabajo para el Estado ó para sus favoritos, haciendo creer, no obstante, que es él mismo quien se impone y que dispone, por medio de sus representantes, de las grandes cantidades de dinero que afluyen á sus arcas.

He aquí otra falsedad: la servidumbre personal no existe ya; se acabaron los siervos del Estado, como los había en todas partes apenas hace cien años, aun en Francia y en Inglaterra; un rey no puede ya mandar que quince ó veinte mil hombres vengán á construir fortificaciones ó á hacer los jardines y los palacios de Versalles, á pesar de «la mortalidad prodigiosa de los obreros, de quienes se llevan todas las noches carros de muertos», como escribía Mme. Sevigné; los castillos de Windsor, de Versalles y de Peterhof no se edifican con gente recogida por medio de levas; ya no es necesario; ahí tenemos el impuesto. Bajo el pretexto de hacer trabajos productivos, de proteger la libertad de los ciudadanos y de aumentar sus riquezas, el Estado pide todos esos servicios á sus súbditos.

* * *

Somos los primeros en consignar con gusto este cambio de principio y en señalar su importancia para el progreso general de las ideas de emancipación. Ser conducido desde Nancy ó Lyon á Versalles para edificar allí palacios destinados al recreo de las favoritas del rey, era mucho más duro que pagar impuestos—tantas ó cuántas jornadas de trabajo—, aunque esos impuestos sean gastados en trabajos inútiles y hasta perjudiciales para la nación. Seamos agradecidos á nuestros antepasados de 1793 por haber librado á Europa de semejante carga.

No es menos cierto, sin embargo, que á medida que la emancipación de las servidumbres personales de hombre á hombre se cumplía en el curso de este siglo, las servidumbres hacia el Estado iban siempre en aumento; de década en década ganaban en número, en variedad y en cantidad de trabajo pedido por el Estado á cada ciudadano. En este mismo fin de siglo vemos al Estado reconquistar sus derechos á la leva: acaba de imponer, por ejemplo, á los trabajadores de los ferrocarriles (ley reciente en Italia) el trabajo obligatorio en caso de huelga—ahí lo tenéis el trabajo obligatorio renovado—, en beneficio de las grandes compañías que poseen líneas férreas. Del ferrocarril á la mina y de la mina á la fábrica no hay más que un paso, y una vez reconocido el pretexto de la *salud pública* ó de la *utilidad pública* no hay quien ponga límites á los poderes del Estado.

Si los huelguistas, mineros ó empleados de los ferrocarriles, no han sido aún tratados como convictos y confesos de alta traición y no han sido aún ajusticiados por tal crimen, es debido únicamente á que la necesidad no se ha hecho aún sentir; pero todo se andará. La «servidumbre voluntaria» ha bastado hasta el presente; pero el día en que la necesidad, menos aún, en que el miedo de la necesidad apareció en Italia, el Parlamento no vaciló un instante en votar una ley para atender á tal menester, y eso que las vías férreas permanecen aún en manos de compañías particulares, que para «sí», en nombre de la «salud pública», no hay que decir que el Estado no vacilará en hacer, y con mayor severidad aún, lo que ya ha hecho para sus favoritas las grandes compañías.

De hecho marchamos ya por esa vía, y este fin y principio de siglo inspirados por las sugerencias de los privilegiados del gobierno, se aferran tanto á la centralización, que por poco que nos descuidemos no tardaremos en ver los descontentos, los huelguistas, no ametrallados como fautores de revueltas y pillaje, sino guillotizados, ahorcados ó agarrotados judicialmente, condenados á presidio ó á la deportación, por haber faltado á un *servicio público*. Se hará en el ejército, se hará en las minas.

* * *

Hay que desengañarse: dos grandes movimientos, dos grandes corrientes de idea y de acción caracterizan al siglo XIX. De un lado hemos visto una lucha encarnizada contra todos los vestigios de la antigua servidumbre: no solamente los ejércitos de la primera república marcharon victoriosamente á través de la Europa aboliendo la servidumbre, sino también cuando esos mismos ejércitos fueron arrojados de Alemania, de Italia y de España, y la servidumbre fué restablecida en Francia, sólo pudo sostenerse por una treintena de años; el soplo de la revolución del 48 se la llevó definitivamente de la Europa occidental; en 1861 feneció en Rusia, y diecisiete años más tarde en la península de los Balkanes. Más aún: en cada país separadamente el hombre ha trabajado para afirmar sus derechos á la libertad personal; se emancipaba de las preocupaciones concernientes á la nobleza, á la realeza, al oso blanco y negro, y por mil y mil pequeños actos realizados en cada rincón de Europa, ha tratado de afirmar de hecho, por la práctica constante, sus derechos á ser reconocido como hombre libre. Todo el movimiento intelectual del siglo: la poesía, la novela, el drama, cuando cesaban de ser una diversión para los ociosos, han tenido ese carácter. Recordemos á Víctor Hugo, á Eugenio Sué, en sus *Misterios del Pueblo*, á Alejandro Dumas (padre, por supuesto), á Jorge Sand, etc.; luego á los grandes conspiradores, Barbés y Blanqui, y hasta los mismos historiadores, como Sismondi y Agustín Thierry, y veremos que todos no han hecho más que reflejar en la literatura el movimiento que se verificaba en cada rincón de Francia, en cada familia, en cada individuo inconsciente, para emancipar á la persona de los usos y de las costumbres de una época de servidumbre personal. Y lo hecho en Francia se repite en todas partes, más ó menos, siempre para emancipar el hombre, la mujer y el niño de las costumbres y de las ideas que tantos siglos de servidumbre habían establecido y arraigado.

**

Pero, ¡ay!, al lado de ese gran movimiento emancipador, surgía otro que, desgraciadamente, tenía también su origen en la gran Revolución francesa y que ha avanzado paralelamente. Si aquél tenía por objeto la libertad del individuo, éste se dirigía á desarrollar la omnipotencia del Estado, en nombre de ese concepto vago, ambiguo, que abre la puerta á todas las ambiciones y á todas las perfidias: *el bien público*.

La idea maldita de la omnipotencia del Estado, hija de la Iglesia que trataba de conquistar las almas para la salud eterna, legada á nuestra civilización por el imperio romano y el derecho bizantino (injustificadamente llamado derecho romano), ha hecho lentamente y á la sordina un camino inmenso durante los últimos cincuenta años.

Compárese solamente la obligación del servicio militar actual con las formas que revestía siglos atrás, y asombrará el terreno ganado por esa servidumbre hacia el Estado.

Nunca siervo alguno de la Edad Media consintió en despojarse de sus derechos humanos en grado tan vil como los abdica el hombre moderno delante de sus jefes. A veinte años, es decir, en la edad en que es más ardiente la sed de libertad y aun del abuso de esa libertad, el joven se deja aprisionar por tres años en un cuartel donde arruina su salud física, intelectual y moral, ¿para qué?... para aprender un oficio que los suizos aprenden en seis semanas y que los boers han aprendido mejor que los ejércitos europeos despojando el territorio de malezas y recorriendo los desiertos á caballo.

No solamente el joven actual arriesga su vida, sino que hace lo que jamás siervo

alguno hizo en ninguna época: deja que sus jefes intervengan su amor, abandona la mujer que ama, hace voto de celibato y se gloria de obedecer como un autómatas, á jefes cuyo saber, talento militar y probidad no puede juzgar. ¿Qué siervo de la Edad Media, aparte del desarmado escudero, aceptó jamás marchar á la guerra en las condiciones en que el siervo moderno, embrutecido por las ideas de disciplina, acepta en nuestros días?

¿En qué época el siervo, campesino ó artesano, abdicó su derecho de oponer las ligas secretas á las ligas de sus señores y de defender sus derechos por las armas? ¿Hubo época tan negra en la Edad Media en que, el pueblo de las ciudades abdicase su derecho de juzgar á los jueces y de echarlos de cabeza al río el día en que desaprobaba sus sentencias? ¿Cuándo, ni aun en los más tristes períodos de la opresión antigua, se ha visto al Estado en posesión de la posibilidad efectiva de pervertir toda la enseñanza, desde la primaria hasta la de la Universidad, por su sistema de escuelas? Por grandes que fueran las impacencias de Maquiavelo, su sueño no se ha visto realizado hasta el final del siglo XIX.

Tenemos, pues, un inmenso movimiento *progresivo*, trabajando en la primera mitad del siglo por la emancipación del individuo y de su pensamiento, y otro gran movimiento *regresivo*, dominando al primero, en la segunda mitad del siglo, dirigido á restablecer todas las servidumbres antiguas á beneficio del Estado, que las amplía y hace voluntarias. Tal es el carácter predominante del siglo XIX.

Lo expuesto se refiere exclusivamente á las servidumbres directas. En cuanto á las indirectas, fijadas por medio del impuesto, por ser menos aparentes á primera vista, se agrandan de día en día y se hacen tan imponentes, que merecen fijar seriamente la atención.

EL IMPUESTO

Si el Estado, por el servicio militar, por la enseñanza que dirige en interés de las clases ricas, por la Iglesia y por sus miles de funcionarios ejerce ya un poder formidable sobre los individuos, este poder se multiplica por medio del impuesto.

Instrumento anodino es su principio, pedido y saludado por los mismos contribuyentes cuando vino á reemplazar las jornadas forzosas de trabajo; el impuesto ha llegado á ser hoy, no sólo pesada carga, sino arma poderosa que se disfraza bajo mil aspectos para dirigir toda la vida económica y política de las sociedades. Los que están en el poder se sirven de él, no solamente para racionarse sueldos, sino para hacer y deshacer fortunas, para acumular riquezas inmensas en manos de algunos privilegiados, para constituir los monopolios, para arruinar al pueblo y aun dominar á los ricos, y todo esto sin que los mismos contribuyentes se aperciban del poder de que hacen donativo á sus gobernantes.

—«Nada hay más justo que el impuesto, dicen todos los defensores del Estado. He aquí, dirán por ejemplo, un puente edificado por los habitantes de tal municipio; si no se apresuran á repararlo pronto se lo llevará el río engrosado por las lluvias. Justo es que todos los habitantes del pueblo concurren á su recomposición.»

«O bien, dirán, he ahí un vado que se hace impracticable en ciertas estaciones. Vengan, pues, todos los habitantes de los pueblos comarcas provistos de sus herramientas á construir un puente, á reparar aquel dique, á realzar aquella calzada»; ó si no «edifiquemos un almacén de trigo en el que cada vecino depositará su cantidad

proporcional para precaver las malas cosechas y los años de escasez». Y así sucesivamente.

Todo eso es tan natural, tan justo, tan racional, que el individualista más testarudo no tendría nada que replicar, á mayor abundamiento si se halla establecida en la comarca cierta igualdad de condiciones. Las jornadas de trabajo de todos en interés del municipio pueden convertirse, como sucede en las aldeas rusas, en verdaderas fiestas de trabajo comunal.

Multiplicando los ejemplos de este género los economistas y los defensores del Estado en general, sacan la consecuencia de que el impuesto es justificable, deseable desde todos los puntos de vista y... «¡Viva el impuesto!»

*
* *

Pero... apresurémonos á declararlo: todo ese racionamiento es falso. Porque si ciertos impuestos comunales tienen realmente su origen en el *trabajo comunal hecho en común*, el impuesto ó, por mejor decir, los impuestos formidables y múltiples que pagamos al Estado, tienen un origen muy diferente, *la conquista*.

Los monarcas de Oriente y después la Roma de los emperadores imponían la jornada forzosa á los pueblos *conquistados*. El ciudadano romano quedaba exento, descargándose sobre los pueblos sometidos á su dominación. Hasta la gran Revolución y en parte hasta nuestros días, los pretendidos descendientes de la raza conquistadora (romana, germana y normanda), es decir, los llamados nobles, han sido exceptuados del impuesto. El pobre diablo, el hueso negro conquistado por el hueso blanco, figuraba sólo en la lista de lo que se podía explotar á voluntad.

De la conquista, de la servidumbre, viene, pues, el impuesto que pagamos hoy al Estado, de ningún modo del trabajo comunal libremente consentido. En efecto, cuando el Estado aplastaba al pueblo á fuerza de jornadas forzosas, en los siglos XVII y XVIII no se trataba jamás de esos trabajos que las aldeas ó villas emprenden en virtud del libre consentimiento de sus habitantes; sino que millares de aldeanos eran conducidos bajo escolta militar de las poblaciones más distantes para construir tal camino nacional ó tal fortaleza; para transportar las provisiones necesarias á la alimentación de un ejército; para seguir con sus caballos estenuados, los nobles que iban á la conquista de nuevos castillos. Otros trabajaban en las minas y las fábricas del Estado; otros, por último, bajo el látigo de los funcionarios, obedecían las fantasías criminales de sus amos, cavando los estanques de los castillos reales, ó edificando palacios para los reyes, los señores y sus cortesanas, mientras las mujeres y los hijos de los de la jornada forzosa pacían como bestias la hierba de los campos incultos, mendigaban en los caminos ó se arrojaban hambrientos, bajo las balas de los soldados, á pillar los convoyes de trigo exportado.

La jornada forzosa impuesta primeramente á la raza conquistada (tal como los ingleses la imponen hoy á los negros de Africa) y más tarde á todos los pobres, tal fué el origen, el verdadero origen del impuesto que pagamos hoy al Estado. ¿Qué tiene de extraño que el impuesto haya guardado hasta hoy el sello de su origen?

*
* *

Fué un inmenso consuelo para los campos cuando al aproximarse la gran Revolución se empezó á reemplazar las jornadas forzosas del Estado por una especie de rescate, el impuesto pagado en dinero, y cuando la Revolución, llevando un rayo de luz á las cabañas, abolió una parte de las gabelas que pesaban directamente sobre el

más pobre y surgió la idea de un impuesto más equitativo y también más provechoso para el Estado, la alegría fué entonces general entre los infelices campesinos.

¡Vana ilusión! El impuesto ha permanecido fiel á su primer origen: entre las manos de los burgueses, dueños actuales del poder, no ha cesado de engrosar. Gracias al impuesto, la cuadrilla de los gobernantes—el Estado representando la cuádruple alianza del rey, de la Iglesia, del juez y del soldado—no ha cesado de ensanchar sus atribuciones y de tratar al pueblo como raza conquistada. Actualmente, mediante el impuesto, ese instrumento precioso que hiere sin cesar aunque no se sientan directamente sus golpes, estamos tan sometidos al Estado como nuestros antepasados lo estaban á sus señores y amos.

* *

¿Qué cantidad de trabajo da cada uno de nosotros al Estado? No hay economista que haya tratado jamás de fijar el valor y el número de jornales que los trabajadores de los campos y de las ciudades dan cada año á ese ídolo babilónico; sobre este punto, los tratados de economía política son absolutamente mudos, y una simple evaluación basada sobre el presupuesto del Estado, de la nación, de las provincias y de los municipios sería inútil, porque lo que habría de calcularse no es lo que ingresa en las cajas del tesoro, sino lo que el pago de cada peseta entregada al tesoro representa de gastos positivos hechos por el contribuyente. Todo lo que podemos asegurar es que la cantidad de trabajo que el productor da cada año al Estado, es inmensa y excede con mucho los tres días de trabajo semanales que el siervo daba antiguamente á su señor.

* *

Nótese bien que, hágase lo que se quiera para remover la base del impuesto, es siempre el trabajador quien soporta toda la carga. Cada céntimo pagado al tesoro sale en último término del trabajador.

Por más que el Estado recorte más ó menos el beneficio obtenido por el rico, se necesita que tal beneficio exista producido por alguien, y como éste no puede ser más que producto del trabajo, resulta que el Estado reclama al rico su parte de botín, que representa el valor del trigo, del hierro, de telas, etc., vendidos, todo resultado del trabajo del obrero productor. Aparte de las riquezas que vienen del extranjero y que representan la explotación de otros trabajadores de aquellos países, son aún los trabajadores nacionales los que deben dar tantas jornadas de trabajo para pagar el impuesto, como para enriquecer más á los ricos.

Se nos habla alguna vez del impuesto progresivo sobre la renta: por ese medio el Estado recorta algo más los ingresos del rico, le toma un poco más de lo que ha sustraído al trabajador; pero siempre es el obrero quien paga y quien generalmente *paga más* que lo que el Estado cobra al rico. Así se ha podido observar recientemente que el impuesto sobre las casas habitadas en un municipio que había aumentado en la proporción de unas 5 pesetas al año, elevó inmediatamente los precios de los alquileres en la proporción de 60 céntimos semanales, ó sean 30 pesetas al año. El propietario del inmueble se descargó en seguida del aumento sobre sus inquilinos, y le vino de perilla para aumentar su explotación.

Sobre el impuesto indirecto no digamos; todo el mundo sabe que un pequeño aumento sobre los géneros de consumo, se traduce á toda prisa por una carga incomparablemente mayor sobre los precios.

* *

Es de toda evidencia, por otra parte, que sólo aquel que *produce*, quien crea la riqueza con su trabajo, puede pagar el impuesto; el resto no es más que la parte de botín robado al que produce, parte que en infinito número de casos se resume para el trabajador en un aumento de explotación.

Por lo mismo podemos decir que, aparte del impuesto sacado de las riquezas hechas en el extranjero, los miles de millones ingresados cada año en el tesoro de Francia, son extraídos por completo de los 10 millones de trabajadores que contiene la República.

*
* *

Aquí el trabajador paga como consumidor de bebidas, de azúcar, de cerillas, de petróleo; allá, pagando el alquiler de su habitación, paga el impuesto que el Estado impone al propietario; más allá, comprando su pan, paga los impuestos territoriales, la renta de la tierra, el alquiler y los impuestos de la panadería, etc., etc.; al otro lado, en fin, comprando un vestido, paga los derechos sobre el algodón importado, el monopolio creado por el proteccionismo, el de las minas de carbón; en resumen, toda la secuela de impuestos que el Estado, la provincia, el municipio, imponen al suelo, á la materia bruta, á la manufactura y además la ganancia del patrón, el privilegio de la instrucción; todo, todo lo que el municipio, la provincia y el Estado ven venir al tesoro.

¿Cuántos días de trabajo al año representan, pues, todos esos impuestos? ¿Se dudará después de esto, que el obrero moderno trabaja más para el Estado, que lo que el siervo trabajaba antiguamente para su señor?

*
* *

¡Y si no fuera más que esto!

La realidad es que el impuesto da á los gobernantes el medio de hacer la explotación más intensa, de retener al pueblo en la miseria, de crear legalmente, sin hablar del robo ó de los panamás, fortunas que el capital jamás hubiera podido acumular.

Lo veremos en el próximo artículo

PEDRO KROPOTKINE.

(Traducción de Anselmo Lorenzo.)

LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA SOCIAL

Háblase de la solución del problema social como de una esperanza mesiánica.

Parece que, á semejanza del mesías bíblico, que había de encarnarse en el útero de una virgen cuando llegase la plenitud de los tiempos, aparecerá un día una inteligencia privilegiada, que enseñará al mundo la fórmula social, justa y perfecta, según la cual el mundo se convertirá de la noche á la mañana en un paraíso ideal, semejante al que los poetas denominaron con el nombre simpático de «edad de oro».

Los que tal especie echaron á volar, tuvieron la suerte de los grandes sofistas. En la historia se registran multitud de frases huecas, desprovistas de todo sentido racional, y casi siempre en contradicción con la doctrina y con el criterio de sus inventores y de sus sectarios, que tienen el poder de apasionar á las gentes hasta el punto de

constituir origen de determinados movimientos, que unas veces detienen y casi paralizan el avance progresivo de la humanidad, otras le dan dirección desviada de su recto camino, y también en ocasiones le ha servido de poderoso impulsor.

«¡Dios lo quiere!» dijo Pedro el ermitaño, atribuyéndose el conocimiento de la voluntad del ser que consideraba como incognoscible, allá en la Edad Media, y, reyes, nobles, sacerdotes y pueblos, en confuso tropel de hombres vigorosos, mujeres, niños y ancianos, repitiendo Dios lo quiere y pintándose una cruz roja en el pecho, se lanzaron como un aluvión á la conquista del Santo Sepulcro, que por cierto, después de los siglos transcurridos y del sacrificio de millones de víctimas, aún se halla en posesión pacífica de los llamados infieles, que lo explotan para sacar un potosí de oro á fanáticos peregrinos.

«¡Está escrito!» dicen los árabes, suponiendo sujeto el orden de los acontecimientos á una fatalidad pesimista, y esas dos palabras, como si fueran una maldición eficaz, han hundido en la barbarie marroquí á los descendientes de los sabios que en las tinieblas de la Edad Media cultivaban en España con sobresaliente predilección las matemáticas, la astronomía, la medicina, el arte, la industria y la agricultura, siendo, respecto de ellos, los bárbaros nuestros ascendientes. Maldita frase que causa profunda pena al que ha visto las maravillas creadas por el ya muerto genio árabe en el Cristo de la Luz, en Santa María la Blanca y en la Puerta del Sol, en Toledo; en la Alhambra de Granada y en la catedral de Córdoba.

«Santo Oficio» se denominó el oficio más vil y criminal que ha podido inspirar la idea del mal, puesto que se apoyaba en las cosas tenidas por santas para destruir el pensamiento, anular las iniciativas, violentar las conciencias y esparcir el terror con el rumor de los tormentos secretos y con el cruento espectáculo de la hoguera.

«Igualdad ante la ley»—incongruencia irresoluble de términos opuestos, toda vez que si *igualdad* se quiere que signifique justicia, *ley* es siempre sanción de preocupaciones y errores y justificación de desigualdades—, tal fué la fórmula resultante de la revolución francesa, expresión concreta de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, que después de conmociones tremendas, causantes de víctimas casi infinitas, nunca como en la actualidad pudo simbolizarse la ley en la forma desigual del embudo.

«¡Trabajadores del mundo, asociáos!»—dijo un día, hace aún pocos años, Carlos Marx, y surgió la Internacional, y con ella el actual proletariado militante, que en todo el mundo civilizado, en todos los idiomas, con sangre de todas las razas, bajo el imperio de todos los regímenes políticos, supeditado á todos los absurdos religiosos, frente á frente de todos los dioses, de todos los reyes, de todos los presidentes, de todos los privilegios, proclama: «¡no hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes!»

Etc., etc., etc...

Pero el sofisma no suelta su presa: aleccionado por la historia pretende convertir en enemigos á los partidarios de la víspera, y—así como los fariseos resultaron los primeros enemigos del Cristo profetizado en las Escrituras, los discípulos de Jesús constituidos en Iglesia católica fueron la negación del Evangelio, no dudando nadie que éstos serían los primeros que le crucificarían si apareciera de nuevo—, ha surgido el posibilismo oportunista declarando que las aspiraciones proletarias son justas, pero como ideal realizable... allá en los tiempos futuros, cuando se halle la fórmula, universalmente aceptada y consentida, denominada: «solución del problema social».

Hallada la rémora, dificultada la marcha del progreso, apretados los tornillos legales que oprimen á los trabajadores, habiéndose hecho uso conveniente del terror aplicando en todo el mundo civilizado, en monarquías y en repúblicas, según los usos, costumbres y circunstancias, la metralla, las bayonetas, los pelotones de ejecución, la guillotina, la horca, la electricidad, el lynchamiento, el hacha, el garrote vil, el presidio, la deportación, el extrañamiento, la barra del barco de guerra y el calabozo inquisitorial, creyeron los actuales dueños del mundo que podían tumbarse á la bartola, porque de aquí á que se halle la solución del problema social puede transcurrir el tiempo suficiente para que se cumpla el plazo que, según la mitología cristiana, ha de reunir á todos los descendientes de Adán y Eva en el valle de Josafat al son de la trompeta apocalíptica, ó para usar una frase grata á un anarquista amigo mío, esa buscada y esperada solución del problema social se hallará el día del juicio final, al anochecer.

Los que al venir al mundo encuentran la higiene imposibilitada por la miseria y la ignorancia, ¡que se mueran! Y así lo hacen, toda vez que la estadística demográfica evidencia que la mortalidad en las clases pobres, desde el nacimiento hasta los siete años, alcanza cifras enormes, ¡más de un 70 por 100!, lo cual no es culpa de nadie, porque aún no se ha descubierto la solución del problema social.

Los que entre los 18 millones de españoles—alguno menos después de las últimas guerras y de las recientes persecuciones contra los trabajadores ilustrados—, forman parte de los 11 millones y medio que no conocen la O, y el no pequeño número de los que habiendo aprendido á leer y escribir lo olvidan por falta de ejercicio y quedan sumidos en la mayor ignorancia, y también los que en otras naciones donde hay enseñanza primaria obligatoria se contentan con el pasto intelectual que les dan sus explotadores, bien pueden servir de burros de carga, toda vez que aún no se ha descubierto la solución del problema social.

Los que ante la riqueza natural, la riqueza producida y el grandioso adelanto científico realizado quedan absolutamente desheredados sin participar de los bienes naturales, ni de la riqueza social, ni tocarle más parte en los beneficios científico-industriales que ser despedidos del taller por inútiles, en razón de que la máquina les substituye con ventaja, que tengan paciencia hasta que se descubra la solución del problema social.

Los que arrancados del seno de sus familias, separados de la producción y amaestrados en el cuartel y en el campo de tiro sean lanzados á la guerra á devastar campos, arruinar poblaciones y á morir matando para crear tiránicas hegemonías, favorecer jugadas de Bolsa y dar grados y condecoraciones á sus jefes y señores, que sufran con patriótica resignación hasta que se descubra la solución del problema social.

Esas pobres mujeres que llevan sobre sí el peso de todas las iniquidades sociales, como los hombres, más las que les impone por añadidura la brutal supremacía hombruna, consuélense, si pueden, con el vasallaje que, obligados por la lujuria, les rinden sus dominadores; no es posible otra cosa hasta que se descubra la solución del problema social.

Sieyes dijo un día en la Asamblea constituyente de 1789: «¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe ser? Todo.» Y lo fué, y lo es: tanto que en dos solemnes ocasiones los soberanos de Inglaterra y de Rusia, en sus tronos y acompañados de sus cortesanos respectivos, se despojaron, por decirlo así, de la majestad característica, para oír en pie y con todas las señales de respeto los acordes de la Marsellesa en el acto de recibir

á los embajadores de la burguesía francesa, constituida en oligarquía republicana. Suceso grave y transcendental, por cuanto evidencia que los augustos primos de Luis XVI, los descendientes de los que formaron la coalición europea, la Santa Alianza y el bloqueo continental para dominar á la burguesía triunfante en Francia, se han hecho burgueses y se allanan á tratar de igual á igual con los hijos de los regicidas.

Si las palabras del cura Sieyes eran un problema, no hay duda que han tenido solución completa y satisfactoria; pero conste que no ha sido por obra de una revelación sobrenatural, ni por inspiración de un talento privilegiado, sino merced á las osadías revolucionarias primero, y á las astucias reaccionarias después; algo parecido á recorrer el trayecto que separa á Danton de Cánovas del Castillo, ó, si se prefiere, á Mirabeau de Silvela.

Que los trabajadores aprovechen la lección es lo que importa, y que en lugar de esperar que un Azcárate cualquiera venga á probar por $A + B = X$ que el que tiene la sartén por el mango es el amo de la sartén y los demás han de acatarlo por la religión, por la ciencia, por la filosofía, por la ley y por el sable, lo que debe hacerse es no pedir ocho horas, ni leyes sobre accidentes del trabajo, ni sobre el trabajo de mujeres y niños, ni menos contentarse con tonterías cooperativas, ni con gazmoñerías de patronatos y círculos católicos, ni con votar diputados obreros, sino armar zaragata encaminada á echar á rodar el privilegio y á imitar á la burguesía en lo de la expropiación y la desamortización; pero con la extensión adecuada al caso, sin cuidarse gran cosa de las fórmulas teóricas, recordando este pensamiento de Fourier: «Tomad una cierta cantidad de guijarros, metedlos en una caja, agítadla después, y por sí mismos se arreglarán en un mosaico, que no se obtendría nunca, aunque se encargase á un artista el cuidado de disponerlos armónicamente.»

ANSELMO LORENZO.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

VI

(Continuación.)

Mientras que los individuos sean esclavos económicamente, todas las libertades políticas que les sean concedidas no serán más que un engaño, porque el que para vivir ha de ponerse al servicio de otro, no puede ser libre ante quien pueda condenarlo á morir de hambre sólo con no querer admitir sus servicios. Además, en una sociedad en donde la actividad del individuo es limitada por la posesión de especies monetarias, donde todo se paga, todo se vende, no puede haber libertad más que para quien posee riquezas. Podrán reconocer lo más solemnemente posible todos los derechos que quieran, y á todos los hombres indistintamente; pero eso no significa nada mientras que todos los seres no tengan la omnimoda posibilidad de usar de sus derechos.

En una sociedad donde todo está uncido al poder del dinero, la legalidad no puede estar sino al servicio de los capitalistas. No hay que esperar nada bueno del parlamen-

tarismo, porque éste es la consagración legal de cuanto existe, y para destruir la sociedad actual es preciso salir de la legalidad.

Nosotros no queremos encargar á nadie que obre por nuestra cuenta, queremos obrar nosotros mismos; porque encargando á un tercero que hiciese leyes, no tendríamos más remedio que obedecerlas, y esto sería someterse anticipadamente á todas las arbitrariedades é injusticias que pudieran cometer aquellos que nosotros habíamos hecho nuestros amos.

Sabemos que muchos socialistas afirman que su gobierno no será más que un minimum de autoridad, necesaria para asegurar la libertad de todos, conformándose constantemente con la voluntad general.

Además de que la tiranía de las mayorías es, para los que la soportan, tan repulsiva como si procediese de uno solo, ya hemos demostrado en la *Sociedad futura*, que no hay término medio entre la autoridad y la libertad individual.

Si un gobierno ó una administración (algunos socialistas afirman que su gobierno será puramente administrativo) ha de dictar medidas generales, necesitará una fuerza para hacerlas respetar, y sin fuerza coercitiva no podrá existir, no habrá ni gobierno ni administración.

Como nosotros no queremos ningún gobierno en la sociedad á que aspiramos, comenzamos desde ahora á combatir á los que existen, y obrando lógicamente nos negamos á formar ninguno, por anodino ó bien intencionado que nos aseguren ha de ser.

Lo que nosotros tenemos interés en demostrar es que las instituciones actuales, por poderosas que parezcan, no tienen otra fuerza que la participación que en ellas toman los individuos; nosotros, trabajando para hacer el vacío alrededor de todas las instituciones, contribuimos más que nadie á su destrucción.

*
* *

La razón del alejamiento de la política es el lado negativo de nuestra propaganda; pero nuestra actividad no se limita sólo á negar; tiene un lado positivo muy amplio, el cual se engrandecerá más á medida que la idea se difunda. El lado activo es el que, en todas las circunstancias de la vida, obramos, tanto como nos es posible, en el sentido que nuestras ideas nos dictan, con objeto de realizar, lo más pronto posible, lo que deseamos.

Más adelante, en el capítulo *¿Qué hacer?* veremos cuáles son ya estas diferentes formas de nuestra actividad.

Lo cierto es que, por regla general, las leyes no son otra cosa que la sanción de los hechos realizados, el reconocimiento legal de hábitos y costumbres que existían antes que la ley.

Cuando en el seno de un pueblo se opera un cambio de costumbres, la ley viene obligada á transformarse también. Un movimiento de la opinión pública, efectuado fuera del Parlamento, obligó á éste, en Inglaterra, á sancionar la reducción en las horas de trabajo. Lo mismo sucede cuando se da el caso raro de que la ley esté más adelantada que el país donde impere; su acción es ineficaz. En 1871 la *Commune* de París votó la toma de posesión de los talleres abandonados por sus dueños; pero, salvo algunas excepciones, como nadie en aquella época hablaba de expropiación, la ley quedó sin ningún efecto en estado de letra muerta.

«Los partidarios de la *Commune* luchaban en las barricadas, y no podían ocuparse de los talleres», se podrá decirnos. Se luchaba, sí; pero se trabajaba también, y en la

próxima revolución la lucha no debe ocupar á los hombres hasta el punto de olvidar el trabajo.

Ampararse del taller, suprimir la división de los campos, destruir los títulos de propiedad en los archivos del notario, el catastro y el estado civil en los Ayuntamientos, debe hacerse al mismo tiempo que se combate con las armas al poder constituido.

Luego veremos las ocasiones que la vida social nos ofrece para obrar todos los días y todos los instantes y si nuestra abstención es la pasividad ante lo existente.

* * *

¿Habrá quien afirme que obrar así es hacer el juego de la reacción? ¿Negarán que nuestro proceder es más eficaz que dormirse confiado en las promesas de un candidato, que, por sincerás que sean, están sometidas á todas las fluctuaciones que sufre la voluntad individual?

Razonemos.

Bien se convendrá con nosotros que la emancipación de los trabajadores no será completa hasta que éstos no se hayan libertado de la tiranía económica. Hemos visto ya que el asalariado no puede ser libre; que hay libertades muy costosas para los que no tienen asegurada la satisfacción de sus necesidades físicas más primordiales. Donde importa, pues, antes que todo, hacer cambios, es en las condiciones del trabajo, ya que los del orden político son accesorios. Es recalcar una vulgaridad repetir que la sola misión del Estado consiste en asegurar la defensa de los privilegiados, y que, por consecuencia, lejos de imponer restricciones al derecho de explotación, se esforzará en defenderlos y mantener toda su integridad.

«¡Enviadnos al poder—dicen los socialistas—, y vuestra situación cambiará!» Y los cándidos repiten detrás de ellos: «Si tuviéramos en el Parlamento una mayoría de socialistas, éstos votarían las reformas que nosotros reclamamos, y los patronos no tendrían más remedio que someterse»; y esperando la Providencia, por intervención precisamente de los peores socialistas, votan á los *ofrecedores* de reformas.

Pareciéndoles más difícil y largo el obrar por sí mismos, lo confían todo á un diputado, lo cual es muy cómodo, y esperan de su valer y buena voluntad la transformación de esta sociedad por otra mejor organizada. Se creen que así simplifican la cuestión, cuando, en realidad, no hacen sino eludirla y complicarla.

* * *

Con la acción parlamentaria, cuando una corporación ó grupo cualquiera quiere obtener transformaciones que le sean beneficiosas, lleva sus cuestiones especiales al terreno electoral, y como las tres cuartas partes del tiempo no hay ocasión de luchar en ese terreno, las mismas cuestiones especiales pueden cambiar de forma, y el interés particular diferir ó ser contrario al que se tenía durante el período electoral. Aun cuando así no suceda, la lucha es mucho más complicada de lo que parece. La primera batalla que hay que sostener es en el colegio electoral, contra otras corporaciones y grupos indiferentes ó contrarios. Pero supongamos que un grupo ha salido victorioso en la contienda y ha conseguido que sus reclamaciones se consignen en el programa del elegido; éste, al llegar al Parlamento, ha de luchar de nuevo contra los diputados indiferentes ó enemigos de sus reformas, porque aquéllos, á su vez, han sido elegidos para hacer triunfar principios totalmente opuestos.

Fácilmente puede comprenderse que con tales complicaciones los partidarios de una reforma, por sencilla que sea, han de ser siempre una ínfima minoría en el Par-

lamento. Además, en el Senado ha de entablarse una tercera lucha, y así es que las sesiones y legislaturas se suceden unas á otras, el tiempo pasa y la mayor parte de las reformas, y sobre todo las de alguna utilidad, no pasan nunca del estado de proyectos.

En cuanto á las que llegan á ser aprobadas, han sido tan discutidas, enmendadas y corregidas, que cuando han salido de tan laberíntico enredo, son anodinas, y no resuelven nada de lo que debían transformar.

Estando basada la sociedad en el antagonismo de los intereses de individuo á individuo, de grupo á grupo, de corporación á corporación y de una región á otra, dentro de una misma nacionalidad, el conflicto de los intereses ciega á todo el mundo, deformando las más elementales nociones de justicia, hasta el punto de que el menor cambio propuesto contra el orden social, que parece justo y racional á los que toda mejora en su situación la esperan de las leyes, es considerado como atentatorio á sus derechos por aquellos que están satisfechos del orden de cosas existente, imaginándose que un cambio cualquiera puede alterar su quietud.

* * *

En el terreno en que los anarquistas ponen las cuestiones, sucede todo lo contrario; nada de complicaciones ni de sorpresas. No hay necesidad de esperar de la buena voluntad de los legisladores sino de obrar; nada de luchas para constituir mayorías ondulantes, fugaces siempre, en medio de tantos intereses encontrados.

La mayoría que se trata de agrupar, no mayoría en el número, sino en la clase, es una minoría resuelta y activa, y ésta se halla entre aquellos á quienes interesa la cuestión, más dispuesta, por consecuencia, á unirse para defender aquello que les será demostrado que puede realizar su mejoramiento. Estando el campo de acción más circunscrito, los intereses opuestos son menos numerosos, y se necesitará menos tiempo para propagar la idea que se querrá realizar y formar el núcleo iniciador y resuelto á obrar.

Cuando una corporación se declara en huelga, ¿busca el asentimiento del país entero? Empieza sencillamente por cesar en el trabajo cuando se cree bastante fuerte para sostener la lucha. Con frecuencia es una pequeña minoría, en la corporación, la que arrastra á la mayoría indecisa, y sólo luego, cuando la lucha está declarada, se hace un llamamiento á los que pueden ó deben sostenerla. Así, y no de otro modo, es como se debe obrar cuando se quiere realizar alguna cosa; la multitud, después, admite los hechos tal cual son.

Aunque de paso, hemos hablado de leyes inaplicadas, porque la multitud no había llegado al grado de desarrollo que ellas representaban ó porque, al contrario, lo habían pasado tiempo ha; podría buscar, quien tuviera tiempo, el fárrago de viejas leyes todavía en vigor, y exhumar todas las caídas en desuso, inaplicables hoy, porque seguramente de su trabajo saldrían descubrimientos sorprendentes y podría sacarse alguna buena filosofía.

Igualmente resultaría interesante la realización de otro trabajo; éste sería hacer un resumen de todos los antiguos usos y costumbres que han llegado hasta nosotros casi convertidos en ley, á pesar del Código.

M. Demolins, en su obra *los Franceses de hoy*, cita algunos casos, en los que el derecho de propiedad, á pesar del apoyo de la Guardia civil y el veredicto de los jueces, ha tenido que retirarse ante la tenacidad de las costumbres y la resolución de hacer

triunfar los derechos sancionados por el uso. Lo cual prueba que no se tienen nunca más libertades que aquellas que sabemos conservar.

* *

Con lo poco que acabamos de decir y algo de buena fe, se puede llegar á comprender que la abstención de los anarquistas no es igual que abandonar el terreno á los reaccionarios, sino al contrario, la lucha constante contra todos los abusos políticos y económicos del orden de cosas actual.

Otras razones, además, incitan á los anarquistas á abandonar la política y las elecciones particularmente. Queriendo una sociedad basada sobre la iniciativa individual, entendemos que esta sociedad no será posible hasta que todos los individuos se hayan acostumbrado á la acción de sí mismos. Y por acción de sí mismos ó individual no entendemos, como afirman los ignorantes, la acción aislada, rechazando sistemáticamente todo previo acuerdo, toda coordinación de esfuerzos, sino el individuo obrando por sí mismo y sobre él, en sus relaciones, en su círculo, en su ambiente, y sabiendo, cuando es necesario, combinar sus esfuerzos con aquellos que persigan la misma finalidad; sabiendo, en una palabra, realizar por su propio esfuerzo, solo ó asociado, todo cuanto cree bueno, venciendo todos los obstáculos.

Los anarquistas, teniendo en cuenta, además, que dadas las divergencias de temperamento, de carácter, de ideas y de necesidades que diferencian á los individuos, en un estado social no puede haber reglamentación única sin que sea arbitraria y despótica, sin que favorezca á unos en detrimento de otros y fomente el descontento de la mayoría, deducen que para pasar del estado social presente al futuro, los individuos deben empezar por obrar en el presente como deberían hacer en la sociedad que vislumbran; y, obrando lógicamente, según su modo de concebir las cosas, se niegan á participar en la confección de leyes, porque con ello quedarían obligados á pensar y obrar todos igual y según aquéllas.

Trabajando para la realización de una sociedad donde cada cual pueda evolucionar según las virtualidades de su individualidad, nosotros consideramos como ilógico, absurdo y engañoso el tomar parte en las comedias del parlamentarismo, cuyo objeto es poner barreras á todas las actividades humanas.

No reconociendo ninguna ley, ni queriendo obligar á nadie á que adopte nuestro modo de sentir y obrar, nada tenemos que ver con las leyes de esta ú otra mayoría. Lo que queremos y sabemos tomarnos es el derecho de obrar y evolucionar, usando, á nuestro modo, de lo que debemos á las generaciones que nos han precedido en la vida.

Dejemos libres de imponerse una tutela á los que la deseen, con la condición de que no nos la impongan.

* *

La cuestión de la abstención es una cuestión de principios. No se concibe un anarquista tomando parte en la comedia electoral, ni como candidato ni como simple elector.

Algunos anarquistas han hecho de ésta su principal cuestión, y hasta el único fin de sus esfuerzos, no obstante ser una simple consecuencia lógica de otras manifestaciones esenciales en nuestro modo de ser y pensar. Muchos compañeros y grupos no dan señales de vida hasta el momento de las elecciones, y cayendo en la inacción cuando éstas han pasado, demuestran creer con ello que es cuestión importantísima para la anarquía el obtener más ó menos número de abstenciones.

Esto nos parece que es poner el arado delante de los bueyes. Nosotros creemos que no puede haber un abstencionista consciente si antes no ha comprendido el ideal anarquista en toda su integridad.

Resulta de escasa importancia, á nuestro entender, el quitar algunos votos á los candidatos, porque lo importante es hacer comprender á los hombres que sus males se derivan de causas económicas y que toda reforma política es insuficiente para curarlos; y esto es una buena tarea para todos los instantes, ya que las elecciones sólo tienen lugar cada dos ó cuatro años.

Hacer el vacío es un bien, y sería una torpeza insigne no aprovechar del período electoral para combatir los egoísmos de los políticos y las mentiras de la política; pero es preciso no olvidar que detrás de la abstención queda siempre una mayoría ignorante, cuya pasividad continúa sacando triunfantes de las urnas á los fabricantes de leyes y prometedores de panaceas. Y esta opinión no es precisamente en las reuniones electorales donde hay que exponerla, porque los ánimos excitados no están bien predispuestos para admitir la verdad, por evidente que sea, sino á toda hora, en todas partes y en todos los actos de la vida, siempre que medie la circunstancia de ser oportuno.

**

No queremos decir con eso que sea perder el tiempo el ir á las reuniones electorales y poner á los candidatos en un brete, demostrándoles toda la farsa y mentira que encierran sus promesas, al mismo tiempo que enseñar á quienes les escuchan que hay algo más eficaz que votar. Esto ha de hacerse, sólo que quienes lo hagan no han de creer que es lo único interesante que deben hacer, en su opinión, á la sociedad y á los que de defenderla viven. Una abstención de más ó de menos no tiene importancia en la marcha de nuestras ideas, sobre todo si esta abstención no es muy consciente.

La propaganda en las reuniones electorales, como toda nuestra propaganda en general, no debe hacerse con la creencia de obtener resultados inmediatos; lo que debemos procurar es sembrar, esparcir las ideas; obligar á los cerebros á reflexionar, dejando al tiempo la tarea de hacer florecer, con conciencia y con actos, las ideas propagadas.

Hasta creemos que en vez de dirigirse á las gentes para que se abstengan de votar, sería mejor explicarles el mecanismo de las instituciones actuales y hacerles comprender que todos nuestros males provienen de un funcionamiento, y la relación con el orden económico. Discutir en seguida las reformas propuestas y demostrar que los males que con ellas se pretenden curar tienen por origen causas que ellas no combaten, y que en sociología como en medicina, son las causas las que deben destruirse, si se quiere verdaderamente que los efectos desaparezcan.

Cualquiera que sea la duración del período electoral, es imposible transformar en abstencionistas á los individuos que nos oigan y lean así, pues nuestros esfuerzos deben ser simientes que se echan á la tierra para que germinen con el tiempo, las circunstancias y la reflexión.

Es, hasta cierto punto, inútil el propagar la abstención; basta con anunciar á los electores las decepciones que les esperan y recordarles luego, con la experiencia de los consumados, que sus esperanzas eran infundadas y sus esfuerzos estériles. Así, por la experiencia aprenderán á saber que la política es un sofisma y las elecciones una farsa. Cuando hayan llegado á este terreno, no sólo no harán uso de su voto, sino que

habrán comprendido que hay otro campo de acción, en donde continuamente deben trabajar por iniciativa propia, y cuyo esfuerzo será más eficaz para el porvenir.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

(Continuación.)

El dolor experimentado en un músculo que ha trabajado demasiado, no es más que el primer grado de una serie de pequeñas lesiones, semejantes á las que se observan á consecuencia de un traumatismo cualquiera. No hay que asombrarse del dolor de la fibra muscular frotada por un trabajo inusitado, puesto que no nos asombramos de la persistencia de las ampollas en la epidermis, irritada por un cuerpo duro que la mano no tiene hábito de manejar. Esa serie de pequeñas lesiones traumáticas de los órganos motores pueden ser resultado de un ejercicio violento. No se las puede comparar mejor que á las diversas averías sufridas por una máquina industrial, á causa de haber funcionado con exceso. Así, en la máquina, las correas pueden relajarse, las superficies de frotamiento arañarse, el aceite desecarse.

Pero los fenómenos generales de la fatiga consecutiva no pueden explicarse mecánicamente. Son de orden esencialmente vital, y no guardan analogía con ninguna máquina construída por la mano del hombre.

Las agujetas febriles presentan el cuadro general de una enfermedad infecciosa de forma benigna. La afección que más se le parece es la fiebre intermitente, si se la considera reducida á un acceso. Las septicemias ligeras presentan también una marcada analogía con la fiebre de la fatiga. Y lo mismo sucede con las fiebres eruptivas, al principio, y con todos los estados febriles caracterizados por la presencia, en la economía, de un elemento nocivo, contra el cual recobran las fuerzas vitales.

La analogía de los síntomas podría llevarnos á buscar una semejanza de causas, y ¿no podríamos atribuir las agujetas á un proceso infeccioso ó á un agente tóxico? Sabemos que las combustiones del trabajo muscular producen en los tejidos vivos modificaciones que alteran profundamente su estructura, y sabemos también que los productos resultantes de esos fenómenos de combustión ó de *desasimilación* son impropios para la vida, y deben ser prontamente eliminados del organismo, bajo pena de molestias graves y de accidentes de intoxicación. El estudio de la *sofocación* nos ha probado que esta forma de fatiga era una auto-intoxicación por el ácido carbónico, producto de la desasimilación. Los fenómenos de la fatiga consecutiva llama-

dos agujetas, ¿no tendrán también por causa una intoxicación pasajera del organismo por sus propios productos?

Veamos qué elementos nos ofrece la fisiología del trabajo muscular para responder á esta cuestión.

Sabemos que la fatiga local del músculo y la pérdida de su excitabilidad, por excesivo trabajo, vienen de una modificación química en la estructura del órgano y del desenvolvimiento de ciertos productos orgánicos de nueva formación. La composición y la naturaleza exacta de estas substancias, resultantes de la desasimilación de los elementos anatómicos, no se han determinado aún con entera fijeza; pero sus efectos fisiológicos son conocidos. Se sabe que estos residuos son la causa de la inexcitabilidad del músculo fatigado, y que su contacto con las fibras motoras impide que éstas respondan á las excitaciones de una descarga eléctrica, ó á las órdenes de la voluntad.

Se sabe, por otra parte, que estas substancias, que impregnan el músculo fatigado, tienen la curiosa propiedad de hacer sentir su poder fatigante á los elementos musculares de un organismo extraño. En efecto, inyectando en los músculos de una rana sana un cocimiento de la trituración de un músculo fatigado, se consigue que esos músculos se queden sin excitabilidad é incapaces de contracción.

Entre los productos de desasimilación del músculo, ¿no se formarán compuestos capaces de hacer sentir su acción tóxica al conjunto del organismo, y de determinar las molestias generales y las perturbaciones febriles de las agujetas?

Pero las agujetas no se producen á consecuencia del ejercicio, sino en circunstancias determinadas; en el caso en que el individuo no esté habituado al ejercicio que ejecuta. Sería, pues, necesario encontrar productos de desasimilación, cuya formación no fuese constante á causa del trabajo y estuviese subordinada á la falta de costumbre del individuo para ese trabajo, á la falta de *adiestramiento*.

Ahora bien; justamente nos ha sido dado hacer una serie de observaciones, que prueban que ciertos residuos orgánicos se forman constantemente á seguida del ejercicio, cuando el individuo no está *adiestrado*, y que tales productos faltan cuando el individuo tiene práctica de ese ejercicio. Hemos podido asegurarnos muchas veces de que había una coincidencia constante entre la formación de esos residuos y la producción de las agujetas, y creemos, por tanto, legítimo establecer entre ambos hechos una relación de causa ó efecto.

II

Entre los residuos eliminados por la orina á consecuencia del trabajo muscular, es donde hay que buscar, en nuestra opinión, los elementos capaces de causar las molestias generales de las agujetas.

¿Cuál es justamente, entre las substancias químicas que se encuentran en la orina, la que produce esas molestias? Nos es imposible decirlo con seguridad; pero podemos afirmar que forma parte de los *sedimentos úricos*.

Estos sedimentos son los depósitos, conocidos de todos los observadores, que se forman en la orina á consecuencia de un ejercicio violento. Todo el mundo ha podido notar el aspecto turbio que toma la orina algunas horas después de su emisión, cuando se acaba de hacer una marcha forzada, un día de apertura de la caza, por ejemplo, no estando aún habituado á la fatiga. Esos sedimentos que indican una perturbación

de la orina por sustancias poco solubles, no se forman más que al cabo de un cierto número de horas, cuando el líquido ha tenido tiempo de enfriarse. La orina se vuelve entonces habitualmente de un blanco amarillento, que le da semejanza con el pus; algunas veces, el tinte es rojizo y recuerda el color del polvo de ladrillo. Pero si se calienta en una probeta cierta cantidad de esa orina turbia, se ve que vuelve inmediatamente á su limpidez, por disolución del precipitado, que es más soluble al calor que al frío. Cuando se deja de nuevo enfriar el líquido, se enturbia, como estaba antes de la ebullición.

Esta prueba tan sumaria es suficiente para determinar que los sedimentos observados en la orina á seguida del trabajo muscular, son debidos *en su mayor parte* á uratos. Veremos además que, según el análisis químico hecho con método, son uratos alcalinos y amoniacales los que forman esos sedimentos. Por esto les damos, con Neubauër (1), el nombre de *sedimentos úricos*.

Todos los autores están de acuerdo en reconocer que el aspecto de la orina puede modificarse por el trabajo muscular; pero están lejos de entenderse sobre las condiciones en que esta modificación se produce.

Según M. Béclard (2), el ejercicio muscular *disminuye* la proporción de ácido úrico y de uratos contenidos en la orina.

Según M. Lécorché (3), el ácido úrico y los uratos *aumentan* en la orina á consecuencia del ejercicio muscular.

A continuación de estas dos afirmaciones, diametralmente opuestas, podemos citar otras dos que parecen contradecirse.

Para M. Bouchard (4), los ejercicios moderados hacen *desaparecer* los sedimentos de las orinas, que los contienen habitualmente, y los ejercicios violentos los hacen aparecer, en las que no los presentan de ordinario.

Para M. Guyon (5), un ejercicio muy débil *aumenta* los uratos y el ácido úrico de la orina, y una vida muy activa los hace disminuir.

Si los autores que citamos tienen la misma opinión en este punto, hay que convenir en que la expresan de una manera muy diferente, y que es difícil, por el conjunto de sus conclusiones, darse clara cuenta de los efectos del trabajo sobre la producción de los *sedimentos úricos*.

Cuando se trata de formarse una idea propia sobre esta cuestión, con auxilio de una observación atenta, se nota que hay una porción de causas de error, que pueden hacer la observación inexacta, porque hay otras muchas circunstancias, además del ejercicio, que hacen aparecer sedimentos en la orina. Es preciso asegurarse, desde luego, de si el individuo que se presta al experimento no presenta ya antes, habitualmente, esos sedimentos: cosa que ocurre en la mayor parte de los hombres de vida sedentaria. Hay que estar seguro también de que no se halla expuesto á alguna de las numerosas causas que pueden accidentalmente provocar la aparición de los sedimentos. Se sabe, en efecto, que la vigilia prolongada, los grandes trabajos intelectuales, los excesos en la comida, producen frecuentemente ese fenómeno. En fin, es menester averiguar si no padece alguna afección constitucional, ó un estado patológico pasa-

(1) Neubauër, *L'urine*.

(2) Béclard, *Physiologie*.

(3) Lécorché, *La goutte*.

(4) Bouchard, *Le ralentissement de la nutrition*.

(5) Guyon, *Maladies des voies urinaires*.

jero, capaces de producir perturbaciones en la limpidez de la orina: la gota y la fiebre, por ejemplo. En una palabra, es preciso estar al corriente de los hábitos, de los antecedentes, del estado actual de salud y de los hechos y ejercicios del individuo.

En estas condiciones, el mejor individuo que el observador pueda elegir para sus estudios, es él mismo, á condición de encontrarse en perfecto estado de salud. Sobre mí mismo he hecho, pues, las observaciones que voy á referir. Pero he tenido buen cuidado de repetirlas, como comprobación, sobre muchas personas, cuyo estado de salud y género de vida conocía perfectamente, y que, en su mayoría, se entregaban con nosotros á diversos ejercicios corporales.

Los resultados de esas observaciones pueden resumirse como sigue:

Cuando un hombre sano, de vida sobria, activa y ordenada, se entrega á un ejercicio corporal, el aspecto de su orina varía mucho, según tres circunstancias diversas: 1.º, según el momento en que es examinada; 2.º, según la mayor ó menor violencia del ejercicio, y 3.º, según el estado más ó menos perfecto de su «adaptación» al trabajo.

Con respecto al momento en que se hace el examen del líquido, apenas es necesario recordar una circunstancia tan importante como bien conocida: las orinas que han de dejar sedimentos, solamente, se vuelven turbias al enfriarse y están siempre límpidas en el momento de la emisión. Pero, al lado de este hecho bien conocido, hay otro, que creo ser el primero en señalar: el ejercicio muscular no hace sentir su influjo sobre la orina para producir sedimentos, sino *al cabo de un cierto número de horas*.

Importa precisar bien este hecho. Supongamos que el individuo se entrega al ejercicio muscular en las condiciones necesarias para acarrear en la orina las perturbaciones consecutivas de que hablamos. Supongamos también que se ha tenido cuidado de vaciar la vejiga inmediatamente antes del ejercicio, para no dejar una gota del líquido formado antes del trabajo. Si se recoge entonces sucesivamente en vasos separados la orina emitida en diversos intervalos, cada hora, por ejemplo, se tendrá una serie de muestras del líquido que se ha ido formando desde el comienzo del ejercicio, sea durante el trabajo, sea después.

Si luego se disponen estas muestras por orden cronológico y se conservan hasta al día siguiente, he aquí lo que se observa:

La orina emitida inmediatamente después del ejercicio no presenta ninguna alteración, como tampoco la emitida *una hora y dos horas* después. Sólo en el vaso que contiene la orina de la tercer hora después de haber cesado el trabajo, se manifiesta habitualmente el primer tinte debido á los sedimentos úricos. Es un fenómeno que nunca se ha desmentido en las observaciones hechas sobre seis ó siete personas de edades y temperamentos diferentes, pero todas en buen estado de salud, y cuyas orinas eran habitualmente claras; los sedimentos debidos al trabajo muscular no se han eliminado, por término medio, hasta tres horas después de cesar el ejercicio. Por el contrario, en algunos individuos han conservado las orinas su limpidez durante un lapso de tiempo mucho más largo; hemos observado algunos casos en que los sedimentos no aparecían en la orina hasta seis y siete horas después del ejercicio.

A trueque de repetirnos, tenemos interés en determinar bien que este retraso medio de tres á cuatro horas no se aplica al tiempo transcurrido entre la emisión de la orina y la formación del precipitado, sino al tiempo que separa el fin del ejercicio del instante en que se emite la orina. Además, la orina que ha de presentar sedimentos

es emitida, como siempre, perfectamente límpida, y se enturbia más ó menos de prisa, según la temperatura del medio ambiente.

He aquí, pues, un primer hecho: *los sedimentos úricos que se observan en el hombre á consecuencia del trabajo, no deben buscarse sino en la orina emitida, por lo menos, tres horas después del ejercicio.*

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA ARTÍSTICA

Cuando en la noche del tercer día de Carnaval dejábame llevar por la masa humana que subía por la calle de Alcalá, iluminada de cuando en cuando por las oleadas de luz que chorreaban los proyectores eléctricos de la Cibeles, pensaba en la pésima distribución que hace la sociedad de los elementos que la civilización de nuestros días ha puesto al servicio de la belleza.

Es preciso tener en cuenta que hay una manifestación privada de la belleza, y una manifestación social, de la cual participamos todos. En las casas y en las fiestas de los ricos, en las opulentas recepciones de los reyes, y, aun en términos menos generales, en las representaciones de algunos teatros, se ponen á contribución todos los elementos de la ciencia, del arte y de la industria para producir belleza.

No sucede lo mismo en nuestra vida colectiva. Ni en el decorado externo de las casas, ni en las perspectivas de los paseos, ni en el ornato monumental de la vía pública, ni en los arreos de los caballos, máquinas y coches, ni en los trajes tristemente oscuros de las personas, ni en las fiestas adonde acuden las multitudes, se notan los adelantos de nuestros días.

Tenemos dinero para todo menos para el esplendor de la belleza social. Esto representa una espantosa miseria colectiva. Se destinan millones á la defensa de la propiedad, á la administración de la justicia, al sostenimiento del culto religioso y á las prácticas de la higiene pública, y sólo se reservan unos cuantos ochavos al culto de lo bello.

No se atiende para nada este principal elemento de educación individual y social. Hemos comprendido las ventajas de la educación, muy superficiales por cierto; pero todavía ignoramos que sentir hondamente la belleza es más superiormente humano que ser instruido. Dadme un asno que sepa leer y escribir, y, si me lo propongo, haré de él un sabio; lo que no podré sugerirle es el sentimiento de la belleza.

Supongamos que en nuestra sociedad fuese perfecta la distribución del poder y de la riqueza: la sola fealdad de la vida colectiva impondría una profunda reforma social.

Porque yo me gano la vida trabajando y no necesito, para comer, la riqueza de los otros. Interiormente me río con malignidad diabólica de los que se creen superiores á mí porque no trabajan: no ven que mi trabajo es mi placer.

No codicio el ambiente de belleza privada que rodea á los hombres opulentos. Si la epidermis de su alma no fuese cosa dura é insensible como la piel del elefante, su belleza sería su mayor tormento: sufrirían el castigo de perderla cada vez que la necesidad les obligase á salir de casa.

No siento la necesidad de dominar á los otros, y me burlo del dominio que pre-

tenden ejercer sobre mí los poderosos. Con todos sus ejércitos y sus tesoros no pueden ejercer el menor imperio sobre mi alma.

Pero mi alma está sedienta de belleza y quiero mi parte. Me molesta andar por calles sucias, estrechas, mal olientes; me molesta circular por entre las casas feas y arrogantes, de mal gusto. Quiero que el vapor, la electricidad, la ciencia, la industria y el arte se derrochen para producir belleza colectiva, y quiero mi parte en ella, porque es el bien supremo de los hombres.

* * *

He leído una obra que me ha producido una viva satisfacción. Y aquí se lo cuento á mis lectores para que participen de ella.

Es el primer libro de una *Biblioteca de filosofía y sociología* que edita D. Bernardo Rodríguez Serra, el joven librero catalán. No sé cómo se las compondrá este señor para no perder su dinero en tales empresas; pero esto de presentar una obra completa de 242 páginas, directamente traducida del alemán por D. Miguel de Unamuno, y venderla al precio de *dos pesetas*, me parece un poco fuerte en España.

Se trata de un libro de Arturo Schopenhauer, publicado para exponer las confirmaciones que su filosofía recibió de las ciencias empíricas después de su aparición. *Sobre la voluntad en la Naturaleza* es un libro que no contiene apenas afirmaciones transcendentales, sino más bien demostraciones de una teoría expuesta en otra parte.

Sabido es que la obra capital de Schopenhauer es *El mundo como voluntad y como representación*. En esta obra de su juventud, respetada siempre por el autor, que publicó en tomos aparte las modificaciones más tarde introducidas, sienta las bases de su metafísica, que parte de la *Crítica de la razón pura*, de Kant.

El sentido isotérico de las religiones *índicas* debió influir en la concepción de Schopenhauer, que substituyó los problemas del nóumenos y de la cosa en sí por la *voluntad*, y llamó *representación* al mito del velo de Maya, dejando la concepción kantiana del *fenómeno*. En pocas palabras, según Schopenhauer, halla algo eterno en el mundo, un íntimo anhelo que llama voluntad, la cual se *representa* en las cosas como anhelo fijado: esta voluntad se afirma y surge en el arte, y cuando se hubo afirmado, se niega y aparece la moral.

En la obra que se ha traducido ahora, pulcra y claramente al español, el autor busca en las aseveraciones de hombres de ciencia, que no conocían su doctrina, la confirmación de su teoría de la voluntad.

La patología, la fisiología, la anatomía comparada, la fisiología vegetal, la astronomía física, la lingüística, el magnetismo animal, la magia, la sinología (ciencia de las cosas de la China) y la ética, le dan pie á Schopenhauer para afirmar, con la autoridad de valiosos autores, la veracidad de su doctrina.

Pero al leer este libro, no debe olvidarse un momento que lo importante en él no son los datos que da sobre todas estas ciencias citadas, evolutivas como tales. Quizás no se puedan aceptar como hechos verídicos y bien interpretados los que allí se citan; pero esto no importa. Los hechos de entonces confirmaban la teoría, lo cual no quiere decir que los hechos de ahora no la confirmen también.

Y así leeremos la obra, no para hacernos conocedores de las ciencias puestas á contribución, sino para buscar en ellas la aclaración y confirmación de la filosofía del autor.

* * *

Recomiendo á todos que no vayan á ver *La Cortijera*.

He aquí un consejo que no me deja remordimiento alguno. ¿No habéis notado que los consejos de los otros os molestan y los que vosotros dais os empalagan? ¡Desgraciado el hombre que encuentra placer en dar consejos: su alma será pasto de la fatuidad, y una soberbia hipócrita le roerá los huesos!

Sin embargo, no me arrepiento de haberos aconsejado que no vayáis á ver la zarzuela de Dicenta, Paso y Chapí.

Tampoco os contaré el argumento de la obra. Si no fuese por el respeto que los autores me merecen, no como artistas, sino como hombres, os diría que algún público vicio de los literatos ha engendrado la zarzuela.

No me parece bien que se presenten al público espectáculos repulsivos. El arte será todo lo que se quiera menos eso. Shakespeare nos ha hecho asistir á escenas trágicas en que la sangre corre sin producirnos repugnancia alguna. Porque los crímenes del poeta inglés son hijos del hombre y no de su maldad. Presenciamos el huracán de las pasiones revueltas como una tempestad de los elementos en que las víctimas son inmoladas por la fatalidad.

En *La Cortijera* todos los personajes son mala gente ó tipos memos de esos que viven, no más allá, sino más acá del bien y del mal. La mujer repulsivamente pérfida, el enamorado feroz, el espía canalla y el presumido ingrato, forman la enjundia de la obra. Luego salen una porción de borrachos, de esos que se embriagan, no por alegría, sino por vicio, y los autores ponen en sus labios versos que defienden esta porquería. Los demás son fantoches inconscientes de estos que no pecan porque, lo mismo que las bestias, no conocen el bien y el mal.

La música de Chapí no ha triunfado de la tenebrosidad de sus colaboradores. No hay *entusiasmo* en la partitura. A mi entender, Chapí ha entrado en el período de su decadencia, como le anuncié cuando el estreno del *Curro Vargas* en un artículo publicado en *Vida Nueva*. Ya ha dado todo lo que tenía que dar. Se entregó al público y éste le ha explotado durante algunos años. Ahora que quisiera ser artista se encuentra con que el público le ha esclavizado. Y él menos que los otros tiene derecho á quejarse.

* *

El otro día decía á mis lectores que el público madrileño, en vez de mejorar, cada día se pone peor en cosas de música.

Hoy puedo dar otra prueba de ello á mis lectores. Estos supuestos inteligentes que atragantaron con la dirección, forzosamente mala, del maestro Campanini, no han podido resistir la de Vincent d' Indy.

No creo en el genio musical de este maestro francés. He oído sus *cantos de la montaña*, parte del *Fervaal*, sus ilustraciones musicales á la primera parte de la trilogía de Wallenstein y una pieza suya de música de salón. Me parece un retórico consumado, un profundo conocedor de la técnica; pero nada más.

En cambio le he oído dirigir una serie de conciertos históricos y guardaré de ellos perpetuo recuerdo. Como maestro director es de una austeridad, de una rectitud insuperables. Sobre todo, interpreta de manera soberana las sinfonías de Beethoven. Y el público de Madrid, que ha tragado y aplaudido las almibaradas tropelías de Campanini, protesta ahora de que venga uno que se niega á darles paja á los borricos.

* *

La brevedad y ligereza de estas *Crónicas* no consienten trabajos bibliográficos de la extensión y profundidad que merece un libro como el de Nietzsche titulado *Así habló Zaratustra*. He de limitarme á dar la impresión que me ha producido su reciente lectura.

En la filosofía moderna, Federico Nietzsche representa la negación quizá más completa del espíritu metafísico. En la forma parabólica de la mayor parte de su libro, la *tierra* representa la negación del *cielo*; es decir, de todo lo transcendental, llámesele religión, llámesele filosofía, llámesele reconocimiento de lo incognoscible. El arte y la moral son rechazados en cuanto pretenden emanciparse de la tierra.

Aunque no cita nunca la teoría evolucionista, es evidente que ha hecho mella en el autor. Toda la sed de más allá que el hombre ha puesto en hacer *imaginables* cosas que no lo eran, quiere satisfacerla Nietzsche con su bella concepción del *devenir*. Goethe escribió al final de la segunda parte del Fausto: «Todo lo que pasa no es más que símbolo.» Y Nietzsche exclama al recordarlo: «¡Todo lo inmutable no es más que símbolo! Y los poetas mienten demasiado.»

Esta idea del *devenir* es el *deus ex machina* de la filosofía nietzschiana. A su luz examina todos los prejuicios basados en la presuntuosa inmutabilidad de las concepciones humanas. Poned esta idea del *devenir* en la marcha de la humanidad, y tendréis la concepción del Superhombre. El único fin de los humanos es encaminarse á la creación del Superhombre. Cuando, al final de la obra *Zaratustra* se siente emancipado por su león de su postrera debilidad humana, siente que *sus hijos están cerca*.

No se crea, sin embargo, que Nietzsche haya dicho nunca que tal sea la base de su filosofía. El la veía como cosa viva en su alma y no quería encerrarla en el pequeño cuerpo de una idea. Pero nosotros podemos ver esta filosofía en sus obras, como cosa fijada, y determinar los límites de lo que ha dicho, aunque no sepamos lo que quiso decir.

Nietzsche es un filósofo ingenuo. Todas las cosas le invitan á derramar su luz interior sobre ella, y él no escasea su luz. Es principalmente un psicólogo, que se ríe un poco de su razón, porque no le sirve para fundar conceptos metafísicos, que juzga inútiles. De este modo fulmina su luz sobre los hombres y sobre los conceptos, sin orden alguno preestablecido, á medida que la vida los ofrece á sus ojos.

Nietzsche es un filósofo de la realidad y no un filósofo de la creencia. Para él las cosas son, ante todo, vida y no conocimiento. Lo importante aquí es que no está solo. Carlyle y Emerson son filósofos de la vida. Abandonan el aspecto transcendental del conocimiento para volver á la tierra.

Esta reacción hacia el oportunismo empírico es uno de los grandes triunfos de nuestra civilización. Representa una potencialidad de renovación vigorosa y sana. Figuraos á los indios pasando del *Mahâbhârata* al *Rig-veda*.

La forma en que Nietzsche ha desarrollado sus ideas es de lo más hermosamente artístico que conozco. Lo encuentro tan bello, que su arte me parece superior á su filosofía. Desde los tiempos en que Sócrates inspiraba á Platon el diálogo sobre la belleza, sólo en los libros de los filósofos árabes de la ascensión individual se podrían encontrar pasajes tan hermosos como el canto de *Las hijas del desierto*.

Todo el libro está lleno de anécdotas, cantos, discursos y parábolas. Sin embargo, no creo que Nietzsche haya querido velar su filosofía hasta el punto de hacerla incomprendible á la multitud. Ciertamente es que la desprecia; pero á mi entender su obra le ha salido así porque él era así, y no porque haya querido que así fuese.

Por esto me parece que pierden el tiempo los que buscan minuciosamente un sentido isotérico á cada una de las palabras del maestro. Sobre todo, lector amigo, te voy á decir una gran verdad. Ríete un poco de los que te ofrezcan explicados los supuestos misterios de esta obra. Ríete, porque no se trata de un libro de los siete sellos. Sólo los amantes del misterio persistirán en buscarle tres pies al gato.

¿Sabes dónde está el secreto de todo? Búscalo en ti mismo y lo encontrarás. Nietzsche ha despreciado á los *lectores* de su libro, porque no quiere que se lea, sino que se lo aprendan de memoria. El que no tome esto al pie de la letra, acertará. Esto quiere decir, lector amigo, que la mejor interpretación del libro para mí es la mía, y para ti la tuya.

Cuando leas y no entiendas lo que lees, vuelve á leer, y si tampoco lo entiendes, no busques las interpretaciones de los otros, que de nada te servirían. Cuando lo que lees esté en contradicción con algún capítulo anterior, piensa que la verdad más verdadera está en lo último, porque lo otro ya ha pasado y esto lo tienes presente; la mentira estará en la forma ó en tu pensamiento, que no entendió bien lo primero. Y si, á pesar de estas precauciones, no entiendes bien el libro, déjalo, porque será señal evidente de que los pasos de Zaratustra no han de despertarte de tu sueño.

PEDRO COROMINAS.

LOS SEPULCROS BLANCOS

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JAIME BROSSA

ACTO TERCERO

(CONCLUSIÓN)

Miguel. (*Desde la puerta, quitándose la gorra.*) ¿Qué se le ofrece, señor?

Guillermo. Oye; necesito que vayas en seguida á la estación. ¿A qué hora pasa el primer tren?

Miguel. Poco más ó menos, á las cinco.

Guillermo. (*Mirando el reloj.*) Son las cuatro y media. Dispón el *tillburi* y ve volando; encontrarás á mi cuñada; dile que venga en seguida, que tengo para ella un telegrama importantísimo y que podrá marcharse en el segundo tren; ¿has entendido?

Miguel. Sí, señor.

Guillermo. Pues vete. (*Miguel se va. En voz baja.*) ¡Ojalá volviera! ¿Lo hará? No lo creo; es demasiado terca. (*Petra llama desde afuera en las vidrieras del fondo.*) Adelante.

Petra. Acaba de llegar el Padre Angel y desea hablar con usted.

Guillermo. Que entre. (*Hablando consigo mismo.*) ¡Me extraña, á estas horas! ¿Qué querrá? (*Pausa. Avanza hasta la puerta para recibirle.*)

Padre Angel. *(Desde la puerta).* Perdone. Acabo de llegar en el primer tren que viene de la capital. En el jardín he encontrado á Rafael, que me ha dicho que todos ustedes estaban levantados, que doña Juana había ido á oír misa á Santa Florentina y que usted estaba á punto de salir. Como he venido para dedicarme por entero al asunto *(bajando la voz)* de Sofía, he creído conveniente prevenirles de mi llegada lo más pronto posible.

Guillermo. *(Subrayando la frase).* Es tarde, Padre Angel.

Padre Angel. ¿Cómo?

Guillermo. *(Con mal contenida displicencia).* Sofía no está en casa.

Padre Angel. ¿Qué dice?

Guillermo. Y es probable que no volvamos á verla.

Padre Angel. *(Demostrando curiosidad).* Me deja usted atónito.

(Guillermo no parece dispuesto á explicar lo sucedido. Ha de demostrar al mismo tiempo su emoción y la revolución que continúa agitando su espíritu.)

Guillermo. *(Procurando serenarse).* Siéntese, Padre Angel; hablaremos un rato. *(Se sientan. Habla despacio.)* Sofía se ha marchado porque no quería sujetarse á las condiciones que su hermana trataba de imponerla. Por mi parte, he hecho todo lo posible para suavizar las asperezas producidas por la incompatibilidad de caracteres; pero he fracasado completamente.

(El Padre escucha con atención. Sus facciones expresan la contrariedad que le produce lo dicho por Guillermo.)

Padre Angel. *(En voz baja, como hablando consigo mismo).* Es decir, ¿que no hay medio de arreglarlo?

Guillermo. *(Suspirando).* No; era punto menos que imposible. *(Pausa.)*

Padre Angel. ¿Y en qué disposición de ánimo ha salido de aquí? ¿No se mostraba inclinada á volver al seno de nuestra santa religión? ¿Manifestaba arrepentimiento?

Guillermo. *(Sonriendo).* Estaba como siempre; usted no conoce á Sofía.

Padre Angel. No, ciertamente.

Guillermo. Sofía no es de esos seres que se adaptan fácilmente á los principios de orden y disciplina fijados por los otros; no es un alma de rebaño dispuesta á seguir el camino que el pastor les señala. Sofía es realmente un espíritu indomable, Padre Angel.

Padre Angel. Sí, eso lo sé; pero otras personas tan rebeldes é indomables como Sofía, y tal vez más, han cambiado radicalmente, han reconocido sus errores, y de antiguos pecadores impenitentes, se han convertido en fieles devotos y arrepentidos humildes. *(Pausa corta.)*

Guillermo. Yo me he convencido de que la conversión de Sofía es irrealizable.

Padre Angel. *(Con suave tono de reconvención).* Amigo señor Lavern, me parece que lo que acaba de decirme entraña cierta desconfianza acerca de la fuerza y virtud de nuestra santa religión.

Guillermo. ¿Cómo?

Padre Angel. Quiero decir que, bajo la luz de la fe, no hay terquedad individual que se resista.

Guillermo. ¿Y cuando falta la fe?

Padre Angel. Le ha de inclinar la voluntad del incrédulo á reconquistarla. Y... créame, señor Lavern, se logra casi siempre.

Guillermo. No creo que todo el cúmulo de sugerencias que supone una empresa parecida produjera efecto alguno en el espíritu de Sofía.

Padre Angel. Permítame; no es sugestión, como dice la gente mundana; es la gracia que se impone.

Guillermo. Pues esta gracia le ha sido negada á Sofía.

Padre Angel. Eso es un aserto herético, amigo señor Lavern. La gracia no se niega á ninguno que la busque.

Guillermo. Sofía no la buscará nunca. *(Pausa corta.)*

Padre Angel. Porque no se ha echado mano de la inducción que es necesaria en estos casos.

Guillermo. Durante mi permanencia aquí he podido hacer un estudio de la íntima manera de ser de Sofía, y he comprendido que su espíritu es una práctica y completa negación de lo que forma el ideal, el sentimiento y el ser de conciencias religiosas como la de usted y la de mi mujer.

Padre Angel. ¿Y por qué no de la de usted? *(Corta pausa.)*

Guillermo. ¿Por qué? Porque yo dudo.

Padre Angel. Nunca me había usted hablado en esta forma, señor Lavern. ¿Me permitirá que le diga que el espíritu de Sofía ha contaminado el de usted?

Guillermo. *(Un poco violento.)* Mi educación ha sido cimentada en un positivismo material, que es un *fetiché* de muchas caras. Quizá este positivismo oculta mi sed de ideal. En esta disposición de espíritu he visto que si, el de usted es un ideal santo, el de Sofía es un ideal humano, que quizás tiene tanto valor eterno como el de usted. Por esto he sentido compasión hacia su miseria, miseria que encubría una enorme riqueza espiritual desconocida. Ella tenía sed de felicidad, porque opina que hemos nacido al mundo para ser felices, no para ser miserables, y para curar sus dolencias ustedes le ofrecen un purgatorio lleno de amarguras, y huérfano de calor social y de simpatía humana.

Padre Angel. Creo, señor Lavern, que esto es una censura injusta. Usted recordará que yo prediqué siempre el amor y la misericordia, porque no podemos ser nosotros más exigentes que la divina Providencia: prediqué la hospitalidad.

Guillermo. *Y le ofrecimos á Sofía esa hospitalidad, exigiéndole en pago una conversión humillante.

Padre Angel. *(Atónito.)* No puedo seguirle por ese camino, Sr. Lavern. Un buen creyente, hijo de la Iglesia, no debe creer nunca que una conversión sea humillante. *(Pausa.)* Demasiado sabe usted que todos nuestros pecados nacen del orgullo.

Guillermo. Usted es lógico; pero su religión no es la religión de nuestros tiempos.

Padre Angel. La verdadera religión es siempre igual y es eterna.

Guillermo. Sí; pero el orgullo es una fuerza humana á la cual la sociedad no puede ni debe renunciar. El orgullo es hermano gemelo de la ambición, y si suprimimos esas dos pasiones, suprimimos la vida. La moral verdaderamente humana y justa consiste en que las pasiones individuales se desenvuelvan sin originar el mal del prójimo.

Padre Angel. Su razonamiento de usted es... caótico, Sr. Lavern. La conclusión sería servir á Dios y al diablo sin contentar á nadie. Por otra parte, no imagine que Sofía tenga la pretensión de representar ese ideal, tan reñido con nuestras ideas y con nuestras conciencias.

Guillermo. Creo que se equivoca, Padre Angel. Sofía es la encarnación viva de

cuanto acabo de decir. Su alma está en contradicción abierta, en contradicción casi delirante con todo eso que ustedes aman tanto, porque forma parte integrante de su propia vida.

Padre Angel. Y de todo eso, ¿usted qué opina, Sr. Lavern?

Guillermo. Veo dos mundos, el uno opuesto al otro, que no pueden coexistir, y uno de los cuales ha de desaparecer. De una parte, la fe, la sumisión, el deber; de otra, la duda, la rebelión y la libertad. Sí, Padre Angel, chocarán y uno de los dos sucumbirá. *(Con vehemencia.)* Sí; uno de los dos ha de desaparecer. Y por esta razón me espanta el porvenir de Sofía; porque en su delirio se cierra muchas puertas y se coloca en abierta contradicción con el mundo que ustedes representan. ¡Será muy desdichada!

Padre Angel. Amigo Sr. Lavern, ve usted las cosas á través de un prisma que no me parece natural. En todo esto, que usted califica de dos mundos, no hay otra cosa que el espíritu del mal y del pecado luchando contra el espíritu del bien y de la virtud, que al fin ha de triunfar. *(Suenan los cascabeles de un carruaje.)*

Guillermo. *(Paseándose impaciente.)* Así habla el mundo viejo. ¡Ah! Pero tal vez su voz se irá apagando.

Padre Angel. *(Sorprendido.)* Me extraña que haya cambiado de ideas tan repentinamente, Sr. Lavern. *(Con suavidad.)* ¿Tal vez le martiriza el gusano de la duda?

Guillermo. Sí; pero se trata de una duda que me hace comprender todo el horror de las ideas y creencias del pasado. *(Pausa; dan con los nudillos en la vidriera.)*

Mario. *(Entrando.)* Buenos días.

Guillermo. Buenos días.

Padre Angel. Dios le guarde.

Mario. *(Ceremoniosamente.)* Dios le guarde.

Guillermo. *(Displicente.)* ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué noticias tienes?

Mario. *(Con vivacidad.)* ¿Recibisteis el telegrama?

Guillermo. Sí; nos lo han entregado esta mañana á primera hora: Está muy bien.

Mario. ¡Yo lo decía! En la ciudad habla del cuadro todo el mundo. Antes nadie hacía caso de ella y ahora la ponen en las nubes. Créeme: tiene un gran porvenir y llegará á estar de moda. *(Con vehemencia.)* ¿Pero dónde está? Quiero felicitarla. ¿No está buena Sofía?

Guillermo. *(Con decaimiento y poco á poco.)* Sofía no está en casa.

Mario. *(Sorprendido.)* ¿Qué dices? ¿Se ha marchado?

Guillermo. Sí.

Mario. *(Precipitado.)* ¿A dónde?

Guillermo. No nos lo ha dicho; pero me ha parecido dispuesta á volverse á la ciudad.

Mario. *(Con vehemencia.)* ¿Tenía dinero?

Guillermo. No lo sé.

Mario. *(Con amargura.)* ¿Y has permitido que se fuera?

Guillermo. He hecho todo lo posible por detenerla. No ha querido. Ya sabes que es terca; hoy lo ha demostrado como nunca.

Mario. *(Con decaimiento.)* No se habrá marchado sin razón de esta casa, la casa de los padres, por la que tanto suspiraba. ¡Pobre chica! Su porvenir me espanta. ¡Ahora justamente, cuando se le abrieron de par en par las puertas del éxito! *(Pausa.)*

Guillermo. ¡Qué responsabilidad la que cae sobre nosotros!

Mario. Sí; buen papel estáis haciendo delante de la gente!

Guillermo. Y delante de la conciencia propia.

Mario. No me atrevía á decir tanto. Pero, ¿qué hacemos? ¿Cómo averiguar dónde se ha ido?

Guillermo. He intentado el último recurso. Cuando he recibido tu telegrama he mandado á Miguel á la estación para que dijera á Sofía que volviera á esta casa nuevamente; adviértelo—le he dicho—que se ha recibido para ella un telegrama importantísimo.

Mario. Si; cuando venía, le he visto pasar corriendo en dirección á la estación.

Guillermo. *(Con inquietud.)* ¿No has visto á Sofía?

Mario. No.

Guillermo. Entonces, ya debe haber salido el primer tren para la capital *(Se oyen gritos lejanos é ininteligibles)*. ¿Qué griterío es este?

Mario. Deben ser cazadores.

Guillermo. ¿En tiempo de veda?

(Se oye más claramente gritar á Rafael.)

Rafael. ¡Petra! ¡Petra! *(Más claro aún)*. ¡Petra, trae una manta!

(Entra Petra corriendo por la puerta de la derecha.)

Petra. ¿Llamaba usted, señorito?

Guillermo. Si; salga usted al jardín y vea á Rafael, que debe haberle pasado alguna cosa.

Rafael. *(Muy distintamente)*. ¡Petra, trae una manta! ¡En seguida! ¡De prisa!

(Petra corre á las vidrieras; las abre, mira al jardín y lanza un grito de espanto.)

Petra. ¡Oh! ¡Qué desgracia!

(Mario y Guillermo corren á la puerta, y antes de llegar se detienen como heridos por un rayo; entra Rafael, llevando en sus brazos el cuerpo de Sofía, pálida, mojadas las ropas, y sin dar muestras de vida; los dos hombres se lanzan sobre ella para conducirla al balancín.)

Rafael. *(Balbuceando y llorando)*. La he encontrado en el lago de la quinta. Ya estaba á flor de agua... ¡Muerta!

(Con mucho cuidado la depositan en la mecedora. Mario y Guillermo permanecen consternados. Este último se arrodilla junto á Sofía; le toma las manos, le palpa el corazón, le pasa la mano por la frente y acerca el oído al pecho.)

Guillermo. *(Con desesperación)*. No puede ser *(Gritando)*. ¡Sofía! ¡Sofía! ¿Me oyes?

Rafael *(Llorando)*. ¡Está muerta!

(El Padre Angel en pie, las manos cruzadas, reza; Mario, inmóvil, ha bajado la cabeza; Guillermo, no convenciéndose de que Sofía ha muerto, le toma las manos y se las acerca á la cara.)

Guillermo. ¡No es posible! Tal vez podamos evitarlo todavía. ¡Mario, corre en busca de un médico!

Mario. Es inútil, Guillermo; está muerta.

Guillermo. *(Con creciente desesperación)*. ¡No puede ser! *(A Petra, que está junto á las vidrieras llorando)*. Petra, vaya á buscar un médico.

Padre Angel. Es inútil, Sr. Lavern; está muerta.

(Se abren de repente las vidrieras y aparece Juana, que vuelve de la iglesia; entra agitada.)

Juana. ¿Qué ha pasado?

Guillermo. *(Con acento de reconvención)*. ¡Juana, mira!

Juana. *(Juntando las manos y cayendo de rodillas).* ¡Oh, Dios mío!

Guillermo. *(Sin poder esconder sus lágrimas.)* ¡Ahí tienes nuestra obra!

Telón rápido.

SECCION LIBRE

LA GUERRA DEL TRANSVAAL

PÁRRAFOS DE UNA CARTA

«Experimento grata satisfacción al contestaros, pues vuestros folletos están bien escritos y escritos con sinceridad. Excepto de ellos el tercero, por más débil, no porque sea demasiado acerbo, sino porque deja de colocar con la necesaria evidencia el carácter del repugnante y ridículo poder imperial: me refiero á Guillermo II.

No obstante, por muy excelentes que sean vuestros folletos, yo no participo de vuestra opinión, más claro, no puedo censurar como vosotros lo hacéis.

Si en un bodegón cualquiera dos hombres borrachos disputan por cuestiones del juego, yo no me resolvería jamás en favor de ninguno de los dos, por muy fundados que fueran los argumentos de uno de ellos. Sus maneras no son únicamente escandalosas, por más que las razones de uno sean equitativas; lo son porque en lugar de trabajar tranquilamente ó disfrutar del descanso, perdían miserablemente el tiempo bebiendo vino y jugando á naipes. Lo mismo en una guerra, sea la que sea, jamás admitiré que uno solo de los dos sea el culpable. Cabe reconocer que uno de los beligerantes sea peor que el otro. Pero al discurrir sobre la cuestión de saber quién ha procedido más indignamente, saldrá ventilada la causa real del siguiente fenómeno. ¿Por qué una cosa tan espantosa, tan atroz y tan inhumana como la guerra, puede producirse? Las causas de la guerra del Transvaal, como de todas las guerras de los presentes tiempos, son absolutamente evidentes, no pueden ignorarse. Estas causas son tres:

1.^a El reparto ilegal de los bienes, ó de otro modo dicho, la expoliación de los unos por los otros.

2.^a La existencia de la casta militar, es decir, de gentes preparadas especialmente y destinadas al asesinato.

3.^a La doctrina religiosa, falsa y engañosa (muy á menudo deliberadamente), en cuyo seno se educan nuestras jóvenes generaciones.

He aquí por qué yo considero, no solamente inútil, si que también nocivo, atribuir las causas de las guerras á los Chamberlain, á los Guillermo, etc., etc. Discurriendo de esta forma ocultamos nosotros mismos las verdaderas causas, las que están muy cerca de nosotros y de las que asimismo participamos.

Contra los Chamberlain y los Guillermo podemos disgustarnos. Podemos hasta

injuriarlos. Esta cólera pondrá en movimiento nuestra sangre; pero no conseguirá cambio alguno en el estado de las cosas.

Chamberlain y Guillermo no son más que los instrumentos ciegos de las fuerzas que les inspiran. Ellos obran como deben obrar. No pueden hacerlo de otro modo. Las causas que han determinado la guerra del Transvaal son las que emplean todos los hombres políticos. Es inútil, pues, y al propio tiempo imposible, censurarlos cuando conocemos los motivos y sus acciones y cuando, relacionadas las tres causas principales expresadas antes, nos reconocemos los cómplices.

Mientras existan privaciones en el goce de las riquezas; mientras las masas populares continúen englutidas por el trabajo, habrá guerras por la conquista de nuevos mercados, de minas de oro, etc... guerras necesarias para favorecer la riqueza exclusiva. Además, las guerras serán inevitables en tanto nosotros aceptemos formar parte de la casta militar, en tanto sostengamos su existencia, en tanto no luchemos contra ella y con todas nuestras fuerzas.

Nosotros ingresamos en la casta militar, la declaramos indispensable, más todavía, honorable, y al estallar una guerra nos ponemos á gritar contra un Chamberlain cualquiera.

Lo que hay de extraordinario es que nosotros continuamos tolerando, sin promover una acción revolucionaria, un cristianismo desnaturalizado, que se llama cristianismo de la Iglesia, que consagra la existencia de un ejército, *bien amado de Cristo*, bautizador de cañones, y que reconoce la guerra como un acto de justicia cristiana. Enseñamos esta religión á nuestros hijos y nosotros mismos la practicamos, y luego nos metemos á decir, los unos si es Chamberlain, y los otros si es Krüger el culpable de que haya hombres que maten á sus semejantes.

Por lo tanto, no puedo estar de acuerdo con los que dirigen reproches á los instrumentos ciegos de la ignorancia y del mal, siendo así que distingo las causas de los hechos, á los que yo propiamente puedo cooperar con intento de disminuirlos, ó sea con el de aumentar los daños.

Cooperar en los actos que permiten la igualdad de bienes, gozar lo menos posible de los privilegios que se me conceden, no tomar parte de ninguna manera en los actos militares, destruir la hipnosis, en virtud de la cual los hombres que se transforman en asesinos mercenarios creen hacer una cosa útil y loable y, por encima de todo, ejercer un cristianismo justo, esforzándose por todos los medios en suprimir las tonterías espantosas del cristianismo farsante que educa á nuestras jóvenes generaciones: á esta triple misión debe, á mi entender, consagrarse todo hombre deseoso de servir la justicia y que está, con razón, indignado por esta guerra espantosa que nos trae á todos conmovidos.

LEON TOLSTOÏ.»

(Traducción de L. Bonafulla.)

LAS MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

La prensa europea se ha ocupado detenidamente de la autobiografía de nuestro querido compañero y amigo Pedro Kropotkine, de quien hasta sus mismos adversarios tienen un elevado concepto.

La importante Revista inglesa *Bookman*, dedica un interesante artículo á esta obra, que por su mucha extensión no reproducimos, y del cual tomamos lo siguiente:

«Todo elogio que se haga de estos dos volúmenes, resultará siempre pequeño: Kropotkine ha escrito un libro lleno de atracción, y una de las autobiografías más notables de esta época. Habíamos llegado á creer que, sólo las personas pagadas de sí mismas podían lucir en esta clase de trabajos su talento y habilidad, y de ahí que, únicamente le manifestáramos desprecio; pero nada de eso ocurre en este caso; la personalidad se exhibe todo lo menos posible, y sin embargo, un hombre y un movimiento se revelan, clara y distintamente en toda su magnitud.

El libro puede ser leído hasta por el conservador más recalcitrante; pues como sea persona de mediana inteligencia, es indudable ha de sentir profundo respeto y aun admiración por el autor, quien, no obstante, nada hace por justificarse ó explicar su conducta; no queriendo perder tiempo en lo que juzga sin importancia.»

Y más adelante agrega: «Es una narración de vida accidentada y fuertes contrastes. Nacido en el seno de la antigua nobleza moscovita; educado para la vida militar, paje del czar y encargado de su custodia; explorador en los confines de Siberia, amante entusiasta de la ciencia, amigo incondicional del pobre, del débil y del desgraciado; partidario siempre de la acción, y de sentimientos humanitarios; haciendo algo constantemente por la idea, lo mismo en el fondo de la prisión, que fuera de ella; perseguido de cerca por sus enemigos; trabajador intelectual y manual, agitador, propagandista; emigrado lleno de tristes recuerdos y sin una palabra de reproche ó queja: ese es Kropotkine.»

Por su parte, la *Daily Chronicle* se expresa en estos términos: «Jamás se ha dado al mundo una revelación propia de la vida íntima más sincera, y hasta pudiera decirse candorosa, que la contenida en estos volúmenes. ¡Qué altamente dramática es la narración! ¡Cuán variados los aspectos de la vida de Kropotkine!... Le estamos agradecidos por habernos dado, en estos días de aparente indiferencia y de ambiciones mezquinas, una concepción más profunda del sacrificio heroico de que el hombre es capaz.»

Le Soir, de París, le dedica un artículo de fondo, con el título de «Príncipe Anarquista», empleando sus tres primeras columnas en hacer una fiel reseña de obra tan importante.

Trasladarla á nuestra Revista sería repetir una vez más la elevada y general opinión que en todas partes tienen de nuestro ilustrado y verdadero amigo; pero no terminaremos este modesto trabajo, que tanta satisfacción nos produce, sin dar á conocer á nuestros lectores su párrafo final.

«Expulsado de todos los países, el príncipe anarquista encontró un último refugio en Inglaterra, donde colabora en las grandes Revistas políticas y científicas, gozando de la consideración general y viviendo en su modesto retiro muy estimado, aun de aquellos más opuestos á sus ideas, por la sinceridad de sus convicciones y el heroísmo de su sacrificio.»

Pronto tendremos la gran satisfacción de verter á nuestro idioma las tan justamente encomiadas memorias de nuestro compañero, y todos podrán apreciar por sí mismos su mérito y valor real (1).

Cuando comparemos los desapasionados juicios que una parte, al menos, de la prensa burguesa hace hoy de nuestras ideas y de nuestros hombres, con las infamias de que hemos sido víctimas durante largos años, no podemos por menos de reconocer que el triunfo de la verdad podrá aplazarse, pero no impedirse, y que el reinado de la luz ha de seguir al engendrado en las tinieblas. Sí, el pasado es del mal; pero al bien pertenece el porvenir.

Un paso más, y habremos llegado todos á la ansiada meta. Que los brazos que tantas veces se han levantado en defensa de la iniquidad, se eleven una tan sólo en favor de la razón y de la justicia, y la opresión y la desigualdad habrán desaparecido para siempre.

FERMÍN SALVOCHEA.

(1) LA REVISTA BLANCA publicará *Memorias de un Revolucionario*, por Pedro Kropotkine, traducida del inglés por nuestro querido compañero Fermín Salvochea.—(N. de la R.)



TRIBUNA DEL OBRERO



TRANSFORMACIÓN NECESARIA

En el actual concierto social que se verifica en nuestro siglo que agoniza trágicamente y que está llamado á engrosar las páginas de la historia contemporánea para baldón de los que anatematizan el porvenir á que aspiramos, se efectúa una transformación de ideas en los cerebros, que una vez infiltrada en la mente de las generaciones que vayan sucediendo á las presentes ha de, como lógicamente se deduce, producir un cambio en el sistema económico y social.

Ahora pasemos á hacer una disquisición sobre la presente organización social; analicemos el antagonismo de clases que impera, y demostraremos palmariamente la necesidad que tiene la humanidad de una transformación que sea la antítesis de la actual forma social, que hoy tiene aprisionada á la especie humana, transformación que nivelará todos los derechos, romperá todos los convencionalismos de clases, y garantizará la existencia de sus individuos.

Este luchar incesante, eterno, hacia una transformación más ó menos radical entre los ricos y los desheredados de la fortuna, no es una lucha moderna. Estúdiense la Historia de la humanidad en su lucha por la existencia y se verá la corroboración de lo dicho anteriormente.

Grandes han sido los progresos que de los tiempos primitivos á los presentes ha hecho el hombre; progresos que han aportado arsenales de conocimientos á las generaciones que han ido sucediéndose á los que en aquellas épocas elevaron á la ciencia á un nuevo pedestal; pero hoy, dadas las condiciones sociales porque atraviesa la humanidad, la resultante de las indagaciones hechas por los hombres es una especulación, y por lo tanto, el beneficio de esos conocimientos no es patrimonio de toda la humanidad, sino de aquellos que en el banquete social ocupan un alto puesto.

En la actualidad la maquinaria pertenece á unos cuantos que, ya por la fuerza ó la astucia, se han apropiado de lo que debía ser completamente propiedad común.

Demostrada por el análisis que en las anteriores líneas hemos hecho, la necesidad que tiene la humanidad de romper las ligaduras que la aprisionan, de transformar el actual estado de cosas y de crear una nueva sociedad, inspirada en el ideal novísimo, urge que se vayan multiplicando las fuerzas proletarias, para que esta metamorfosis que actualmente se verifica sea mucho más rauda, y que los albores de un nuevo día disipen las lóbregas nieblas que osan impedir el paso de la luz de la ciencia moderna.

JUAN HARO.